

— Me alegro de saber, milady, que las medidas de precaucion adoptadas por mi pariente han conseguido desconcertar enteramente la tal conspiracion.

— Por el pronto, Julian, pero esas medidas debieran haber sido capaces de arredrar al hombre mas osado, cuando hubiera pensado en lo sucesivo cometer otra infraccion de nuestros derechos. El plan de Derby es muy peligroso, y con todo tiene mucho de caballeresco, causa porque no le desapruero yo.

— ¿Qué plan es ese, milady, replicó Julian con viveza. ¿En qué puedo yo cooperar para evitar los peligros?

— Intenta partir al momento para Londres. El dice que es no solo el gefe feudatario de una pequeña isla, sino tambien uno de los pares mas nobles de Inglaterra, y que, como tal, no debe permanecer tranquilo en un castillo oscuro y lejano, cuando su nombre y el de su madre son el blanco de la calumnia á los ojos del rey y de sus conciudadanos. Quiere ir á tomar posesion de su puesto en la cámara de pares y pedir en ella públicamente justicia del insulto,

cometido contra su casa por denunciaciones perjuras é interesadas.

— Es una resolucion noble, dijo Peveril, digna de mi amigo. Yo le acompañaré, y quiero participar de su destino, sea el que fuere.

— ¡Ah! joven insensato, el pedir á un pueblo prevenido y furioso que sea justo, seria lo mismo que pedir fuera compasivo un leon hambriento. Es en un todo parecido al loco mas furioso, que asesina sin remordimiento á su mejor y mas querido amigo, y á quien no le permite su crueldad hallarse pesaroso hasta que pasa el delirio.

— Perdonad, milady, eso no puede ser. El pueblo inglés es generoso, es noble y no espensible se deje llevar á tal extremo. Aunque el espiritu grosero del vulgo haya podido concebir algunas prevenciones, las dos cámaras del reino deben estar libres de tal infeccion. Nunca olvidarán lo que se deben por su dignidad.

— ¡Ah! primo mio, ¿qué no serán capaces de olvidar los Ingleses, aun del mas alto rango, cuando se dejan arrastrar por el espiritu de partido? Esos mismos que por su buen juicio

no creerán las fábulas que seducen á la multitud, se guardarán muy bien de desmentirlas, si su partido político puede ganar alguna ventaja momentanea en dejarlas tomar crédito. ¡Y entre gentes de esta especie ha encontrado el conde amigos y compañeros! Despreciando él á los amigos antiguos de su casa, porque tenían un genio demasiado grave y serio para el siglo en que vivimos, no ha tenido mas amigos intimos que al versatil Shaftesbury, al calavera Buckingham, gentes que no vacilarian en sacrificar al Moloch popular del dia, un amigo, cualquiera que sea, cuya ruina les proporcionara la gracia de la divinidad. Perdona las lágrimas de una madre, mi querido primo, pero yo veo levantarse otra vez la horca en Bolton. Si va Derby á Londres, cuando esos tigres sedientos de sangre andan en busca de la presa, tenido por sospechoso, y habiéndole yo hecho tal por mi fe religiosa y por mi conducta en esta isla, él morirá como su padre. Y sin embargo, ¿qué otro plan debemos adoptar?

Permitidme que yo vaya á Londres, milady, exclamó Peveril, conmovido por la afliccion

de su protectora. Vos habeis tenido á bien contar algun tanto con mi juicio. Yo haré todo lo que pueda. Me concertaré con las personas que designeis, y no con otras; y me glorio de poder informaros que esta ilusion, por mas apariencia que tenga de realidad, está para disiparse. Poniéndolo todo en el peor estado podré avisaros de los peligros, y si los hubiere temibles para vos misma ó para el conde, tal vez tendré proporcion de indicaros los medios de evitarlos.

— Al oír la condesa la propuesta de Julian, y aun dispuesta para ceder á la inquietud que la inspiraba el amor de madre, parecia luchar contra su genio naturalmente noble y desinteresado.

— ¿Piensas bien lo que me pides, Julian? le respondió la condesa dejando escapar un suspiro. ¿Puedo yo consentir se exponga la vida del hijo de mi amiga, y que corra los riesgos que no quiero hacer correr al mio propio?

— Advertid, milady, que yo no voy expuesto á los mismos peligros. Yo no soy conocido en Londres; mi rango, aunque dista de ser

oscuro, no es tan conocido en la capital que pueda llamarme la atención en este vasto punto, donde se reúne cuanto hay de más rico y noble por el reino. No creo tampoco que ninguno de esos llamados conspiradores haya pronunciado mi nombre ni aun indirectamente. En fin, y sobre todo yo soy protestante y no me pueden acusar porque tenga relación inmediata ni mediata con la iglesia de Roma. No tengo relaciones sino con gentes que, sin poder ó sin querer protegerme, tampoco son capaces de exponerme á peligro alguno. En una palabra, yo puedo estar en Londres con toda seguridad y el conde no sin exponerse mucho.

— Tus discursos, Julian son propios de tu generosidad, y aunque son exactos, nadie puede oírlos sino una madre y una madre viuda. Me acriminó mi egoísmo al contemplar que mi parienta tiene, en todo caso el apoyo de un marido que la ama con ternura; porque así es como discurre el interés personal, cuando no nos avergonzamos de someterle sentimientos más laudables.

— No deis ese nombre, milady, á lo que experimentais, y no me mireis sino como el hermano menor de mi amigo. Vos habeis practicado conmigo los oficios de madre, y ahora se me presenta uno que yo debo llenar como hijo. Si el viaje que os pido me permitais hacer á Londres para reconocer el estado de los espíritus, debiese hacerme correr riesgos diez veces mayores, no me espantaría. Voy á ver al conde inmediatamente, y á informarle de mi partida.

— ¡Espérate, Julian! Si es preciso que hagas este viaje para prestarnos un servicio; ¡ah! no tengo yo tanta generosidad para no aceptar tu oferta la más noble, debes ir solo, y sin que lo sepa Derby. Le conozco yo perfectamente; su viveza de genio no se liga con la bajeza y el egoísmo, y, por el mundo entero no permitiría que salieras sin él de esta isla. Ahora pues; si fuera contigo, ¿de qué servía tu afecto tan noble y desinteresado? Tú no podrías menos de ser compañero en su desgracia como el nadador que trata de salvar á un hombre arrastrado por la corriente, viene á sufrir

la misma desgracia, si se deja coger del que se ahoga.

— Haré lo que me mandeis, milady, y dentro de media hora ya estaré pronto para partir.

— Esta noche, pues, dijo la condesa habiendo reflexionado un poco; tomaré yo las medidas mas secretas para facilitarte los medios de poner en ejecucion tu generoso proyecto; porque no quisiera excitar contra tí la preocupacion que se suscitaria luego, si se supiese que habias dejado tan tarde esta isla y á su ama católica. Tal vez harias bien en tomar un nombre fingido en Londres.

— Perdonad, milady, respondió Peveril, no haré nada para llamarme la atencion sin necesidad; viviré lo mas retirado que me sea posible; pero tomar un nombre supuesto seria tal vez una imprudencia y, á lo que pienso, una debilidad poco digna de mí. ¿Qué podria yo alegar para prueba de la sinceridad de mis intenciones si llegaran á descubrirme?

La condesa reflexionó algunos instantes.

—Creo que tienes razon, dijo ella despues; ¿te propones pasar por el condado de Derby para dar una vuelta á Martindale?

— Lo deseo ciertamente, milady, si el tiempo lo permite, y las circunstancias no se oponen.

— Como mejor te parezca, Julian. La celeridad es importante sin duda; pero, por otra parte, suscitarias menos sospechas é inquietud partiendo á Londres desde el castillo donde vive tu familia, que si llegaras allá directamente desde aquí con apariencia de precipitacion, sin tomarte tiempo ni aun para visitar á tus padres. Tanto en esto como en todo lo demas debes dejarte guiar por tu prudencia. Anda pues, hijo mio, porque yo debo quererte tanto como á mi hijo, ves á disponerte para partir. Voy á prepararte algunos despachos y yo te daré el dinero necesario. Nada de replicas. ¿No soy yo tu madre? ¿No vas á cumplir las obligaciones de un hijo? No me disputes, en ese caso, el derecho de proveer lo necesario para los gastos. Pero aun no es esto to-

do; como yo debo fiar enteramente en tu celo y prudencia para obrar en favor nuestro, segun lo exijan las circunstancias, te daré cartas de recomendacion las mas eficaces para nuestros amigos y parientes, á quienes suplicaré te presten todos los auxilios que necesites, ya en razon de tu seguridad personal, ya para lo que debas emprender á favor nuestro.

— No se opuso Peveril mas tiempo al arreglo de un negocio, que á la verdad presentaba como indispensable el estado en que se hallaba su bolsillo, á menos que no hubiera recurrido á su padre. La condesa pues giró diferentes letras de cambio contra un negociante de la ciudad hasta la suma de doscientas libras. Permittede ella retirarse por una hora, diciéndole que despues de este corto tiempo tenia que hablarle aun. No pudieron los preparativos de su viage distraerle de los pensamientos que se le ocurrían de tropel. Juzgó que media hora de conversacion habia mudado otra vez completamente sus proyectos de presente y sus planes para lo futuro. Habia prometido á la condesa

de Derby un servicio que tenia merecido de él muy bien por la ternura de que siempre le dió pruebas; pero, con aceptarle, le habia ella obligado á separarse inmediatamente de Adelaida Bridgenorth, al punto mismo en que le era mas querida por la declaracion de una ternura mutua. Presentábase su imagen á sus ojos tal como la viera por la mañana, cuando la estrechaba junto á su corazon. Le parecia oír su voz cuando le preguntaba si era cierto que pensaba alejarse de ella en una crisis, que segun todas las apariencias se anunciaba próxima. Pero Peveril, á pesar de su juventud, conocia sus deberes, y no le faltaba resolucion para ejecutarlos. No permitió se entregara su pensamiento á una ilusion tan halagüena, y tomando con resolucion la pluma escribió á Adelaida la carta siguiente, para informarla sobre su nueva situacion, en cuanto podia, sin faltar á la confianza de la condesa.

«Yo dejo á vm., querida Adelaida, le decia él, yo la dejo; y aunque no hago en ello mas que obedecer las órdenes que me tiene dadas, no tengo con todo eso derecho á pedirle

me lo agradezca, porque si no hubieran sobrevenido razones muy fuertes en apoyo de las órdenes de vm. creo muy bien no hubiera yo tenido todo el ánimo necesario para cumplirlas. Pero me obligan á separarme al instante de esta isla negocios importantes de familia, y me temo sea por mas de una semana. Mis pensamientos, mis esperanzas y mis deseos me harán suspirar continuamente por el momento en que deba volver á Blackfort y á su delicioso valle. Aunque me sea permitido lisonjearme de que los suyos se ocuparán alguna vez en el desterrado solitario, que no se hubiera resuelto á serlo, si la voz del deber y del honor no se lo hubieran ordenado, no tiene vm. que temer ni su padre que la invite yo á mantener conmigo una correspondencia clandestina; la estimaría menos, si no tuviese vm. esa franqueza y candor propia de su caracter, y yo no la pido que oculte al mayor Bridgenorth una sola palabra de lo que confieso en este momento. Con respecto á otra cualquier materia, no puede él mismo desear con mas eficacia que yo el bien de nuestra patria comun.

Podemos diferenciarnos en los medios, pero en cuanto al principio estoy convencido de que nos anima un mismo espíritu; y yo no puedo dejar de oír la voz de su experiencia y sabiduría, aunque no fuese bastante para persuadirme. ¡A Dios, Adelaida, á Dios! Pudiera añadir mucho á esta triste palabra, ¿pero qué y cuales expresiones bastarian para describir la amargura con que acabo esta carta? Podria repetirlo aun muchas mas veces para alargar otra vez mas la última conversacion que debo tener con vm. dentro de poco. El único consuelo que me resta es conocer no será probablemente tan larga mi ausencia que le permita olvidar al que no la olvidará jamas.»

Tuvo en la mano esta carta un minuto antes de haberla cerrado y sellado, mientras que reflexionando, si los términos conciliadores de que se habia servido hablando del mayor Bridgenorth, podrian darle la esperanza de hacerse prosélito de su causa, esperanza que su conciencia le dictaba no podia realizar sino á costa de su honor. No

obstante tampoco tenia por otra parte derecho á concluir, por lo que el mayor le habia dicho, que sus principios fuesen diametralmente opuestos é incompatibles, porque, aunque hijo de un caballero, y educado con la familia de la condesa de Derby, él mismo era por principios enemigo de prerogativas injustas, y amigo de la libertad del pueblo. Estas consideraciones impusieron silencio á los argumentos que interiormente le hacia el pundonor, en vano su conciencia le decia en tono bajo que sus expresiones de conciliacion, se las habia inspirado principalmente el temor que tenia de que el mayor, durante su ausencia hiciese mudar á Adelaida de residencia, ó que pensara ponerla en parage donde le fuese imposible hallarla.

Habiendo Julian sellado la carta, llamó á su criado, y le encargó que la llevase bajo de otro sobrescrito dirigida á mistress Debora Debbitch, dejándola en una casa del pueblo llamado Rushin, donde ordinariamente se ponian las cartas y todo lo que se enviaba á la familia que vivia en Blackfort. Hizole montar inmediata-

mente á caballo, y por este medio se vió libre de un hombre que hubiera sido en cierto modo un espia de sus movimientos todos. Se quitó el vestido para ponerse otro de viage, puso una poca ropa blanca en una maleta, y se armó con una espada excelente de dos cortes, y un buen par de pistolas que tuvo cuidado de cargar con dos balas, acabó sus preparativos poniendo en su bolsillo veinte piezas de oro, y metiendo en una cartera las letras de que hemos hablado, despues de lo cual no aguardó mas que las últimas órdenes de la condesa.

Recobraron entonces todo su vigor el entusiasmo, tan natural á la juventud, y la esperanza, por el momento amortiguada en virtud de las circunstancias trabajosas y alarmantes en que se hallaba, como tambien á causa de la idea de la privacion á que debia verse condenado. Apartándose su imaginacion de las melancólicas ideas que se habia formado acerca del porvenir, le hizo reconocer que entraba entonces en la vida y en un momento de crisis, donde los talentos y el valor debian casi de

cierto hacer la fortuna del que los poseyera. ¿Podía él tener otro mas honorífico estreno en la escena tumultuosa del mundo, que hallarse encargado de presentarse en ella por una de las casas mas nobles de Inglaterra, y de tomar su defensa? ¿Y si podía cumplir su mision con la energia y prudencia necesarias para la seguridad del éxito feliz? ¿Cuántos sucesos no podían ocurrir que hiciera necesaria su mediacion en favor de Bridgenorth, y que proporcionaran lograr en términos justos y honrados los derechos para esperar la gratitud del mayor y obtener la mano de su hija?

Absorto en tan gustosas ideas aunque fundadas en principios inciertos, no pudo contenerse y dijo en alta voz: — Sí, ¡Adelaida, yo lograré tu mano de un modo noble! No bien habia dejado escapar estas palabras, cuando le pareció haber oido un profundo suspiro á la puerta de su cuarto, que su criado habia dejado entreabierta, y casi al mismo tiempo llamaron bajito.

— Entre quien sea, dijo Julian algo avergon-

zado de su exclamacion, y temeroso de que algun escucha le hubiese oido. Entre, pues, repitió, oyendo que llamaban otra vez. No presentándose aun nadie, abrió el mismo la puerta y se halló con Fenella. La muda con los ojos encarnados, por lo que, al parecer, acababa de llorar, y con el semblante profundamente abatido, llevando la mano hácia el corazon, le hizo seña para que la siguiese, porque así era como ella indicaba que llamaba la condesa. Volvióse entonces de espaldas como para guiarle al cuarto de su ama. Siguiéndola Julian á lo largo de los tránsitos en bóveda y sombríos, que proporcionaban la comunicacion entre los diferentes aposentos del castillo, advirtió que el paso vivo y ligero que tenia ordinariamente la muda, se habia convertido en lento y melancólico, acompañándole con sonidos inarticulados que parecian gemidos, y que ella producía tan sin temor no siendo capaz de juzgar si otros podian oírlos. Andando como iba se torcia las manos, y manifestaba en sus acciones una afliccion extremada.

La idea que le ocurrió entonces á Peveril, le

hizo estremecerse sin querer, á pesar de toda su razon. Como nacido en el condado de Derby, y por haber residido mucho tiempo en la isla de Man, sabia lo que decian las leyendas adoptadas por los supersticiosos, y se le ocurrió particularmente que una creencia popular atribuia un espíritu familiar á la poderosa familia de los Stanley; que este espíritu del sexo femenino y de la especie que llaman *Ban-Shie*, tenia costumbre, segun decian, de gemir con dolor, para anunciar acontecimientos desgraciados; que se mostraba ordinariamente llorando y gritando antes de morir alguna persona de distincion de la familia. Con trabajo pudo Julian desechár de sí por el pronto la idea de que la muchacha que iba delante de él con una luz en la mano, gimiendo y llorando, era el genio de la familia de su madre, que venia á anunciarle el destino que le estaba reservado. Ofreciósele al mismo instante una reflexion análoga, y era que si la sospecha que él habia concebido por la mañana relativamente á Fenella estaba bien fundada, el afecto desgraciado de esta muchacha para con él,

semejante al de la *Ban-Shie* para su familia, no podia pronosticar mas que desastres, lamentos y desdichas.